

## CAPITULO XI.

## Religion.



Muchas veces habia yo oido decir antes de visitar la América, que uno de los mayores bienes de su constitucion era la ausencia de una religion nacional, estando el pais de esa manera libre de cargas para mantener el clero, y dejando á cada comunión el cuidado de asegurar la subsistencia de sus ministros. La experiencia me ha demostrado allí mismo que las creencias religiosas pueden egercer toda su tiranía sin apoyo del gobierno, y eso de un modo mas opresivo que exigiendo contribuciones, y sin lograr el deseo saludable que en mi opinion nadie negará que resulta de la nacionalidad de un culto.

Como era imposible permanecer algunas semanas en el pais sin que chocaran las raras anomalías producidas por su sistema religioso, mis primeras apuntaciones contienen muchas observaciones sobre este asunto; pero ocur-

riéndose casi las mismas escenas en todos los estados, porque las mismas causas producen donde quiera los mismos efectos, las presentaré aquí no como pertenecientes al oeste solo, sino á la federacion entera.

El total de la poblacion se divide en una variedad casi infinita de bandos religiosos, y me dijeron que para ser bien recibida una persona en la sociedad, es menester que se declare de alguno de ellos. Por mas acendrada que sea vuestra fe, y por mas pública que sea la profesion que hagais de vuestra creencia, dicen que *no sois cristianos* á menos que no os afiliéis en una congregación particular. Ademas de las apartadas y bien conocidas distinciones de episcopales, católicos romanos, presbiterianos, calvinistas, baptistas, cuáqueros ó cuacáros, swendenvorgianos, universalistas, dunquerianos, etc. etc., hai otras innumerables que nacen de estas, formándose cada iglesia su gobierno propio, del cual es siempre cabeza el individuo mas entremetido y revoltoso, y adoptando, al parecer para motivar su escision, alguna mudanza extravagante en la nueva liturgia, que produce el tristísimo efecto de exponer al desprecio *todas* las ceremonias religiosas.

Al ver tan ridículos extravíos, es imposible dejar de reconocer las ventajas de una iglesia

establecida, especie de cuartel general para los cristianos pacíficos y sin presuncion, que se contentan con llenar sus deberes, y no pretenden alzar bandera á parte ni tener divisa de su propio caletre.

Los católicos romanos son los solos que aparecen exéntos de la manía de division y subdivision que se ha apoderado de las otras creencias. Presumo que siendo el papa su cabeza comun, ordena sus movimientos é impide que el capricho de los individuos remonte el vuelo pernicioso que cualquiera otra secta permite.

Yo tuve la satisfaccion de ser presentada al obispo católico de Cincinnati, y á la verdad nunca he visto en pais alguno sacerdote de carácter y aspecto mas evangélicos. Aunque era americano, no se lo hubiera conocido por su pronunciacion ó sus modales; bien que habia recibido su educacion parte en Inglaterra y parte en Francia. Sus maneras anunciaban un hombre finísimo, su piedad era activa y sincera, y en todo él se veia un ministro de Dios infinitamente mas blando y tolerante que los sectarios facciosos que forman la gran mayoría del clero americano.

Yo no creo pecar por falta de tolerancia, pero eso no me impide el ver que todos los cultos, cuando el gobierno de sus iglesias está

confiado á la experiencia y sabiduría de las personas que mas venera el pueblo, consiguen su fin algo mejor que cuando se pone en manos del primer sastre ó calderero á quien se le antoja reclamar su parte de direccion. Ni es ese el solo daño que resulta de la falta de una religion nacional sostenida por el estado. Como el clero carece de subsistencia legal y fija, no debe causar sorpresa el que los miembros de él limiten su asistencia al círculo de los que les pagan. Las expresiones vehementes de desvarío y celo hipócrita que se oyen durante « la Resurreccion » no pueden compensar la privacion de auxilios religiosos que sufren las pequeñas poblaciones, asi como los eternos panegíricos del admirable y sin igual gobierno de la federacion no compensan el menosprecio continuo de todo órden social. La Iglesia y el Estado van de la mano, por mas que se pondere su independenciamutua. Apenas se encuentra á un hombre el cual no diga que se ocupa de trabajos provechosísimos á la patria, como las mugeres dicen que ademas de sus quehaceres interiores tienen diariamente el cuidado de todos los templos. Mas á pesar de ese celo por el gobierno sus leyes duermen demasiado, y el ateismo vela y prospera á despecho de las viejas y sus devotos conciliábulos.

En las ciudades menores y grandes villas

esas juntas místicas suplen la falta de otras diversiones; en las rancherías donde la corteidad de vecindario y el desparramamiento de las casas no permiten semejantes zambras ni mantener á un ministro, sin él se casan, bautizan y entierran. El extranjero que se establezca en una ciudad de la América del Norte, creerá que no hai en el mundo gente más religiosa que sus habitantes: si su suerte lo llevare á las rancherías del oeste, rara vez encontrará iglesias ni capillas, ministro ni predicador, excepto ciertamente en aquellas tan horrendas saturnales de una *congregacion campal* (a camp-meeting). Me sorprendió mucho la respuesta de una pobre muger á quien pregunté, viéndola planchar un domingo: «¿No haceis diferencia en vuestras ocupaciones los dias de fiesta?»—«Yo no soy cristiana, señora; nos falta *oportunidad*,» me respondió. Y yo pensé que en un país donde «todos los hombres son iguales» no cometeria un crimen mui grande el gobierno en procurar esa *oportunidad* de cumplir con sus deberes religiosos, á los que quisieren aprovecharse de ella. Pero si el gobierno federal se atreviese á proponer la construccion de una iglesia con la dotacion necesaria en cualquiera pueblecillo que nunca hubiese oido hablar de «introducir en su jurisdiccion campanas y entierros,» es cierto, cer-

tísimo, que no solamente el estado soberano donde se hubiera hecho tan abominable propuesta elevaria queja al congreso sobre la odiosa intervencion del poder, sino que los demás estados levantarían el grito para apoyarla, y la administracion officiosa correria mucho peligro de ser encausada y degradada.

Donde hai una iglesia constituida de manera que merezca el respeto de los hombres, me parece que siempre lo conseguirá aun de la parte de aquellos que no admitan los dogmas de su fé; y donde existe ese respeto nunca deja de producir cierto decoro en los estilos y language, que suele echarse de menos donde falta. Ya que otra cosa no se logre, se obtiene la de alejar del trato comun de la sociedad las invectivas de los *sectaristas* y el escarnio de los incrédulos: defectos que igualmente ofenden la moral y que importa mucho reprimir.

Es posible sin duda que algunas de las variaciones fantásticas, con que los religionarios del Nuevo-Mundo se han divertido en defigurar los credos antiguos del cristianismo, trastornen en Europa como en América las cabezas enfermas; pero, ántes de alterar la solemne harmonía que reina aquí (\*), han de vencer no solo el sentido comun sino, lo que es más di-

(\*) Mistress Trollope escribia en 1832 y entendia su país.

fácil, las costumbres. Que no cuenten con otros prosélitos que los que halla cualquiera novedad entre los ignorantes y en las condiciones bajas de la sociedad : la aristocracia, como cuerpo, no saldrá jamás del gremio de la iglesia establecida, y pocos serán los que perteneciendo á las clases influentes quieran de buena gana confesar que no pertenecen á la aristocracia. Ahora bien, solamente por ignorancia ó hipocresía se negará que esos sentimientos deciden las creencias del hombre, y que la sabiduría de una nacion consiste en dirigirlos bien y valerse de su saludable influjo sobre las opiniones y costumbres del pueblo (8).

Sirvan de pauta, para conocer el tono con que introducen la religion en el trato comun de la sociedad, los apuntes tomados en Los-Cincinnati de un diálogo á que me hallé presente, y que escribí inmediatamente despues de acabada la conversacion.

EL DOCTOR A.

« Desearia, Mistress M., que me explicaseis lo que es una resurreccion. Oigo hablar de eso en toda la ciudad, y sé que indica algo de Jesucristo y de la religion; pero nada sé mas. ¿Quereis enterarme mas á fondo? »

MISTRESS M.

« Yo creo, señor doctor, que quereis diver-

tiros á costa mia. No importa. Yo estoi firme en mis principios y no temo la burla de nadie. »

EL DOCTOR A.

« Bien; pero ¿qué es una resurreccion? »

MISTRESS M.

« Es difícil, mui difícil, hacer ver á los que no tienen luz : hacer entender á aquellos cuyas almas estan en tinieblas. Una resurreccion quiere decir precisamente un elegante encendido del espíritu, traído al pueblo del señor por las manos de sus santos, y quiere decir salvacion en lo mas alto. »

EL DOCTOR A.

« Però ¿qué entienden esas gentes que hablan de sentir la resurreccion? y ¿aguardar en espíritu la resurreccion? y ¿del éxtasi de la resurreccion? »

MISTRESS M.

« Vaya, doctor, temo que os hayais extrañado mucho para entender todo eso. Es una gloriosa seguridad, una secreta comunicacion de la alianza eterna : es el balido del cordero : es la llegada del pastor : es la esencia del ca-

riño : es la plenitud de la gloria : es vivir en  
 Jesus : es Jesus viviendo en nosotros : es el  
 nido del Espíritu-Santo en nuestro seno : es  
 el llamamiento á las alturas : es comer, beber  
 y dormir en el Señor : es hacerse un león en la  
 fé : es ser humilde y blando, y besar la mano  
 que azota : es ser fuerte, ser poderoso, supe-  
 rior al escarnio : es....

EL DOCTOR A.

« Gracias, gracias, mistress M., estoi en-  
 teramente satisfecho, y me parece que en-  
 tiendo ya lo que es una resurreccion como  
 vos misma. »

MISTRESS A.

« ¡Ay amiga mia! ¿Dónde habeis aprendido  
 toda esa carretilla, Mistress M.? »

MISTRESS M.

« ¡Qué á obscuras estais! En el libro sa-  
 grado, en la Palabra del Señor, del Espíritu-  
 Santo, del mismo Jesucristo. »

MISTRESS A.

« Me parece tan raro oiros hablar de « la

Palabra del Señor.....» Ya se ve, á mí me han  
 criado haciéndome mirar la biblia como un  
 diario viejo. »

MISTRESS O.

« Vaya, decís eso solo por oír lo que Mis-  
 tress M. responderá. No, no; eso no es de  
 veras. »

MISTRESS A.

« Y tan de veras. ¿Porqué no? »

EL DOCTOR.

« Yo confieso que no quiero absolutamente  
 que mi muger lea lo que podria encontrar allí.  
 ¿Qué dice el coronel, Mistress M.? »

MISTRESS M.

« Yo no me cuido de preguntárselo. Todos  
 los dias le repito que creo en Dios Padre, Hijo  
 y Espíritu-Santo, y que él tambien debe creer:  
 asi tranquilizo mi conciencia y crea lo que  
 guste. En realidad yo no sé que haya marido  
 que se mezcle en tales materias. »

EL DOCTOR A.

« Teneis razon. Yo por mi parte doi licencia

á mi muger para que crea lo que se le antoje; pero ella es de tan buena índole que no abusa de la libertad, pues en nada cree. »

No una vez, ni dos, ni tres, sino muchas y muchas veces, durante mi residencia en América, oí discutir con la misma ligereza acerca de asuntos que yo consideraba por hábito y por principio como mas propios para la meditacion del gabinete que para pasatiempo de sobremesa. Yo misma sé apenas lo que me causaba mayor sorpresa, si el escuchar una profesion de ateismo hecha con cierto aire presumido y botarate entre un bolló y una taza de té, ó el oír una rapsodia sobre elecciones y la segunda cámara.

No obstante al lado de licencia tan absoluta reina la persecucion con una furia desconocida desde el tiempo de Cromwell ó de Felipe segundo. La siguiente anécdota me la refirió un caballero que conocia perfectamente todos los pormenores. Un sastre habia vendido un vestido : el comprador era un marinero que pocos momentos despues se daba á la vela; pero era domingo por la mañana, y la corporacion de Nueva-Yorc acusó al pobre sastre, que convencido del delito fué condenado á pagar una multa mui superior á sus medios. Mr. F., abogado de Nueva-Yorc, lo defendió con suma elocuencia, mas en vano; si bien no fué inútil

del todo su defensa, pues sublevó contra él una caterva de presbiterianos que bastó para arrebatarle su clientela. Ni paró aquí la venganza : su sobrino se disponia entonces para recibirse de abogado, y de resultas del lance ocurrido con su tio, le devolvieron sus certificados, declarando, « que ninguno del nombre y familia de F. seria admitido en la profesion. » He conocido al jóven que fué víctima de semejante anatema : es persona de gran talento, y viéndose tan cruelmente atajado en su carrera, se ha hecho editor de un periódico.

